

vida; se espera en el siempre cariñoso y siempre remoto inesperable. Hay luz, aunque sea la silente claridad que cae de las estrellas, en el alma. Háy otras vidas deteniendo á la que por instinto, más que por cansancio, anhela irse. Ya somos más—dicen en casa—esto es, en el corazón. Y se trabaja con más ahinco, porque se trabaja para otros más. Se ausentarán de esa casa, de ese corazón, algunos, porque así es la existencia; pero sus cuerpos son los que se alejan; seguimos pensando en los que se fueron, y con la eterna, mentirosa esperanza de que vuelvan.

A esas simpatías tan buenas, envió flores.

AL MAESTRO¹

NENIÆ

*Quem virum aut heroa lyrâ, vel acri
Tibiâ sumes celebrare, Clio?
â Quem Deum?*

HORACIO.

Arrojo mi dolor á lo íntimo de mi alma; se cierran los ojos turbios de mi cuerpo, y quedan abiertos, fijos, deslumbrados, los que jamás húmedo soplo apagará: miro, Maestro, circuída tu frente por luz de soberano apotéosis, y de mis labios que no sintieron la frialdad de tu cadáver, surge el canto.

¿Por qué enlutada la solemne sede? ¡Volcad cestas de flores! Ayer, ciñendo á tus sienas lauros frescos, te miramos partir, y al padre Océano con instante súplica pedimos respeto para tí: hoy, hijo de Horacio, coronado de rosas y de pámpanos, entras augusto á la inmortalidad. ¡No paños luctuosos, no tocas de viudez, no plañideras! ¡Esa mesa es la mesa del festín! Ven, vate griego, levanta tú la crátera espumante, y oye el epitalamio que cantamos en tus supremas nupcias con la gloria.

No van á tu sepulcro las Choéphoras, portadoras de libaciones, ni Hermes, «habitador de lo profundo,» viene por tu alma. No preside Electra, sombría y pálida, el coro de las esclavas, cuyos cabellos caen, cual si lloraran, sobre las urnas funerales; ni te acompaña doliente séquito de Panatheneas, que nunca olvidan. Son tus ninfas, Maestro, las que, ufanas, van precediendo el carro de victoria en que te alzas. ¡Lémures y larvas, lívidos espectros que rondáis

¹ Elegía pronunciada en la velada fúnebre que el «Liceo Mexicano» celebró en honor del Maestro Altamirano.

en la noche, para vosotros está cerrado este recinto! ¡Muerte, hablemos al inmortal: aquí no tienes tú creyentes!

San Remo es la población riente y coquetuela que, entre Niza y Génova, parece una canasta de camelias caída y olvidada en el camino. Arriba del alegre caserío está la ermita de San Rómulo, surgiendo de entre un enorme ramillete de palmas. Y de esas palmas, obedeciendo á tradicional costumbre, cortan á millares las que ondulan y se cimbran gráciles en Roma el Domingo de Ramos. Luego, esas mismas flámulas de triunfo, reducidas á pavesa, van á fijarse el Miércoles de Ceniza en la frente de los católicos, advirtiéndoles que todo lo humano es efímero, todo es polvo, todo es nada.

No era el Maestro extraño en esa tierra: sin haberlo visto, conocía aquel cielo, como conocía á Byron, antes de haberle contemplado, de pie sobre las ondas, el mar que llega voluptuoso á las costas de Grecia. Italia, *alma mater*, pudo al fin dar un beso largo y último á su hijo. Tampoco las palmas de San Remo le desconocían: eran para él «recuerdo vago de las florestas donde nació,» símbolo de sus triunfos, y se llamaban como una de las hijas de su corazón. Aquellas palmas se inclinaron, como arrodillándose, el día en que ese maestro entró á la eterna Jerusalem. Aquellas palmas, en triste Miércoles de Ceniza, vinieron, hechas pavesa, por el aire, á posarse enlutadas en las frentes nuestras.

Fué esa ascensión en día funesto: el trece. En el catorce de igual mes asesinaron al semidiós de Altamirano, al gran Guerrero. Puntual á la cita, y para no dejar vacío su asiento en el banquete conmemorativo, partió el Maestro y dijo á los inmortales: ¡Heme aquí!

También, señores, —y sigamos eslabonando la misteriosa cadena de la fatalidad cuyos extremos serán siempre invisibles— la fecha en que nos congregamos para cantar al Ausente, es una fecha sagrada.

Los latinos, en fiesta colectiva, celebraban á sus dioses Manes el veintiuno de Febrero. Al aniversario de la muerte llamaban *parentatio*; y esta solemnidad de hoy, entusiasta y no fúnebre, la *Feralia* ó la *Caristia*. Y eran los dioses Manes, almas de progenitores divinizadas por la muerte. «Dad á los Manes —dice Cicerón— lo que suyo es: son hombres que dejaron la existencia, y tenedles por seres ya divinos.» El Maestro es uno de nuestros primeros dioses Manes. Celebremos fervientes su *Caristia*.

Pero aquellos Antiguos, que serán siempre jóvenes para el artista, daban á la muerte una vida aterradora que nosotros no le damos. En el sepulcro encerraban cuerpo y alma. Preso en el fúnebre monumento, sentía el muerto hambre, sed, odio y amor. Agamenón en su tumba pedía venganza. Y esa tumba, en la *Orestia* de Esquilo, es un verdadero personaje con el cual conversan Electra, Orestes y el Coro.

Aquí no hay sepulcro; aquí no hay túmulo. De tu forma corpórea, Maestro excelso, nada queda. Acaso, á haber expirado entre nosotros, habría sido imposible para tí hurtarnos tu cadáver venerando: le reclamaba la tierra necesitada de savia, de calor, de energía. Era del barro mexicano, del que formó la figura épica de Morelos, y al acervo común habría calladamente reingresado. Tus hijos, creyendo en tí, y esperando el milagro, hubiéramos guardado, fieles y celosos, todo lo humano que en tí hubo. Pero moriste lejos de tu hogar; y nada tuyo, esto es, nada de tu *yo* palpable, á los extraños les dejaste. Nadie secuestra lo que nos pertenece, porque tal fué tu voluntad; el fuego te arrebató, cual á Rémulo, en su carro; y convertido en tenue, leve incienso, subiste al Sol ¡oh esclarecido hijo del Sol! Gracias, gracias de nuevo, buen Maestro!

Hay navidad en las montañas del Olimpo. Ya jamás, contendor hecho á lides que glorifica la epopeya, te miraremos braceando, nudo y sudoroso, en el mar de la existencia; ya nunca, nunca sentirán tus plantas las arenas quemantes del desierto humano; ya no la fatigosa labor diaria encorvará, al atardecer, tu espíritu; ya no, para los tuyos, buscarás con esfuerzo el pan y la esperanza; ya eres hermoso, ya eres todo luz, ya eres Inmortal. De tí no queda la materia torpe; y, límpida tu alma, entra radiante y vencedora á la región en donde cantan los ruidos, á la vida sin sombras y perpetuamente diáfana.

¡Salve, feliz amado de la Gloria! Ovidio, en la elegía tercera de sus *Tristes*, exclamaba: «Guardad en modesta urna mis cenizas y llevadlas á Roma. Así, después de muerto, no estaré en exilio.» Ese de cierto fué tu último voto, buen Maestro, y juramos cumplirlo. Pero en este instante estás aquí, reencarnas en nuestro pensamiento, y reverentes, pálidos, te presentamos el cáliz de la boda. Entona el himno.

Como Orestes en la esquiliana trilogía, yo te digo:
—Aquí estoy, y te llamo. Padre, escúchame.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

En estas mañanas que parecen salir del horno, he releído un libro que para mí no es libro sino remordimiento, porque aún nada he dicho de él; y tan delicioso es el libro cuanto amigo mío el autor: las *Tradiciones y Leyendas Michoacanas* de Eduardo Ruiz. Y es el caso que con tal lectura mi ánimo se refresca, porque también el calor agobia los espíritus. He vuelto á gozar, en alma, de esa sensación de frescura que oreó mi pensamiento y mi cuerpo en el lago de Pátzcuaro. He recordado bonito.

No puedo comparar la sensación que en mí produce el recuerdo del lago, sino con la que me causa la poesía de Lamartine: es una sensación azul. ¿Por qué no atribuir color á las sensaciones, si el color es lo que pinta, lo que habla en voz más alta á los ojos, y, por los ojos, al espíritu? Y siento color de rosa cuando recuerdo mi primera mañana en la tierra caliente, la salida del sol contemplada desde el mirador del palacio de Cortés; siento color de plata cuando recuerdo mi noche de luna en el mar, y siento color azul, cuando vuelvo á ver en mi memoria el lago de Pátzcuaro. Y no, no era azul cuando lo ví. La mañana estaba fría y lluviosa. El chubasco arreció cuando salimos del hotel, y corriendo, resbalando aquí, escurriéndonos allá en la tierra húmeda, cubiertos por la manta de viaje, atravesábamos el campo como muchachos que salen á mojarse cuando llueve, y ríen, y cantan, no porque el aguacero les alegre, sino porque están alegres de vivir. Para llegar al barco tuvimos que pasar uno tras otro, por angostas vigas que ya casi flotaban en el agua. ¡Qué agradable es tener miedo no teniéndolo, y asustar á la compañera á quien se ama, empujándola para detenerla y jugando así á salvarla de riesgos que no hay!

Una vez dentro del barco, pusimos á secar nuestros abrigos

de camino, en la caldera. El sitio en que viajaban los pasajeros de primera clase, era la toldilla, porque no tenía aquel buquecito ya perdido, más camarote que el del capitán. Ibamos, por consiguiente, á la intemperie, con los pies metidos en el agua, que entraba por todas partes: apenas encontrábamos refugio junto al tosco y primitivo timón que manejaba y dirigía un más tosco y más primitivo timonel.

Lo apremiante era poner á salvo de la lluvia y de la inundación los canastos que contenían nuestras provisiones para el almuerzo; abrigar bien la gallina con las servilletas; envolver el pan en periódicos, como se envuelve en sus pañales á un muchacho; poner sobre todo esto los platos boca abajo, y no dejar afuera más que las puntas de los cuchillos, los dientes de los tenedores, como bayonetas ó marrazos de centinelas, y el cuello de las botellas que se empinaban para no sofocarse. Ya terminada esta faena laboriosa, pude volver los ojos á mirar el lago. Ibamos solos en el vapor. ¿Quiénes otros se hubieran atrevido á navegar por gusto en medio de tan recio temporal? La luz del sol, velada por densas nublazones que cubrían todo el cielo, parecía la luz de una veladora de porcelana blanca. El lago turbio, inquieto, formado como de nieve derretida; el sol triste, amarillo, como muy lejos, como enfermo, detrás del nublado; las crudas ráfagas de viento que amorataban nuestras caras; el aire sin aves; los horizontes sin montañas; todos blancos; la atmósfera sin ruidos, recordábanme las cristalinas descripciones que hace Pierre Loti de los mares de Islandia.

—¿Aclarará, capitán?

—Es bien difícil: muy mal día tendremos!

El capitán era un canadiense, joven de no mal talante y ya algo versado en el español. Parecía de buena familia y regular instrucción. En el cuartito ó agujero del timonel, sentada en un banco de palo, pálida, con los ojos bajos, cosiendo maquinalmente y como perdida la imaginación en remotas tierras, iba la mujer del capitán, joven también, no fea, pero como enfriada, como nevada en su sangre por la pobreza y los afanes de la vida. Estaba recién casada. . . . ¡qué luna de miel tan triste! Pasará los días en Ibarra esa mujer —pensaba yo—contemplando desde la ventana el lago, el cerro de Iguatzio que divide el lago, y las chalupas que lo surcan como huecas flechas de madera, sin oír más que el cacareo de los gallos en el corral ó el gruñido de los cerdos; no hablará con ninguno porque no conoce nuestro idioma; comerá sola en la desierta y desmantelada fonda, cerca del arriero que allí almuerza; y cuando caiga la tarde, cuando se enciendan las estrellas en el cielo, y escasas luminarias en las próximas islitas, irá á aguardar á su marido para cenar y dormir, hasta que los cascabeles de las mulas que llevan el guayín de Ibarra al paradero de los trenes, la despierten y le indi-

quen que es hora ya de levantarse. En la cena, por la noche, en los patios y corredores del hotel, verá pasajeros ufanos y felices; novios que hacen su viaje de bodas, y para ella no hay más que soledad, reclusión, silencio y pobreza, ó la monotonía de navegar continuamente en aquel barco sucio y tiznado de hollín, que siempre se detiene en los mismos puntos para recoger balsas cargadas de madera y remolcarlas! Bajo aquel cielo gris, dentro de aquella atmósfera de vapor de agua, la mujer del capitán me parecía una palidez y un frío más.

Raras canoitas atravesaban el lago, que estaba muy alborotado. Pero ¡qué delgadas, qué angostas y qué esbeltas son estas canoitas que hienden, de verdad, el agua como flechas! Vistas de lejos, semejan pajaritos negros que se bañan volando. Ya de cerca, simulan anguilas largas. Se aproximan, y vemos que lo primero que nos pareció sombra de ala, es una diminuta embarcación en cuya caja oblonga apenas cabe la india, porque la india es flaca, ó el muchachito que lleva á vender al mercado los pescados blancos. Se creería que son palos de escobas montados por enanas brujas acuáticas. No navegan, andan estos pescadores. Y la embarcación forma como parte de ellos mismos. Vemos moverse las palitas de los remos, y pescador y chalupa se nos figuran un palmípedo que chapotea zabullido en el agua.

Otras canoas son más grandes y cuentan con varios remos. Pero la mayor, á cierta distancia, tiene el aspecto de una araña que anda á brinco sobre las ondas. Cuando el vapor silba, pensamos que se van asustar y que van á volar ó á zabullirse más todos esos animalitos. ¡Cómo respeta el oleaje esas débiles embarcaciones! En las primeras horas de aquella mañana el viento levantaba verdaderas olas. El lago, cansado de su eterna mansedumbre, se revolvió iracundo, molesto por la lluvia impertinente. Inclinado sobre el barandal de la toldilla, entreteníame en ver salir el agua hirviente por encima de la rueda del barco, como túnica de encaje hecha girones y estrujada. Esa es el agua colérica, la que echa espuma por la boca. La azotan; á golpes la traen á la caldera; la quemán; le cierran el paso con leños carbonizados, y cuando al fin logra escapar, sale furiosa, con su vestido de blonda blanca destrozado por las brutales manos de sátiros infernales. Y se echa de cabeza al lago, para refrescarse, para bañarse, porque también hay agua en que se baña el agua.

Pues qué, ¿creéis que el agua es una misma? ¿No veis que hay una azul, y otra verde, y otra color de rosa, y otra color de oro, y otra plomiza, y otra blanca, y una que canta y otra que se queja, y una que salta al cielo como dardo de plata y otra que se echa en la tierra como un monstruo cansado? No sabemos distinguirlas; nuestra vista no es bastante perspicaz para apreciar sus diferencias;

pero cada gota de agua es distinta de las otras. Se juntan porque se aman, y son las únicas que realizan el ideal, para nosotros inasequible, del amor: fundirse uno en otro. ¿Veis una ola? Pues es el ejército de una nación de gotas que se echa encima de otra para conquistarla. El agua vive. Cuando llueve, el agua bebe; cuando besa las plantas y las flores de la orilla, el agua come; cuando se filtra en las entrañas de la tierra, el agua entra á trabajar en las labores de sus minas; cuando sube en nubes ténues de vapor, el agua manda á Dios su incienso místico. ¿Que es la neblina? Es su oración de la mañana! ¿Qué son las nubes? Son los titanes del agua que intentan escalar el cielo y caen despeñados, en castigo de su osadía. ¿Que es el arroyo? Es el agua campesina que apacienta rebaños. No veis las espumas triscadoras del arroyo? Pues es el hacendado que recorre majestuosamente sus dominios. Entrad en una gruta: ese es un claustro, ese es un monasterio para el agua eremita. Tomad las estalactitas: son las urnas cinerarias del agua muerta. Venid ahora á este lago: este es el lugar apartado, misterioso y tranquilo, en donde el agua pasa su luna de miel y duerme y mira el cielo!

Ahora que el cielo en las noches sólo alumbra con relámpagos nubes enfermas de las que no puede caer aún la lluvia, pienso con delicia en esa mañana húmeda, ya tan lejos de mi vida.

LA BANDERA.

La bandera no es un símbolo sin alma. La bandera vive. La ama de amor el buen soldado, y de amor que reúne todos los amores. Cifra en ella el cariño á los ausentes ó ya muertos padres; á la novia que espera ó que tal vez olvida, á la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la montaña. La ama sin celos en los días de paz, porque, siendo muy suya, pertenece á todos, y mientras más la quieren otros, más se ufana. La ama sin celos en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebató, se la lleva destrozada, y no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla y pisotearla. Por eso la defiende como león herido, la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, y si le hiere el plomo y média entre vida y muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada sin dolor de que otro la posea.

¡Oh bandera, bandera de mi patria, y cuán gallarda luces tu hermosura á la cabeza de apretados batallones! ¡Cómo saltan los corazones cuando avisan los ojos que tú pasas! ¡Cómo te sigue, con rumor de triunfante muchedumbre, la robusta armonía de trompas y clarines! Ya no somos nosotros, al mirarte los egoístas y enclavados en la propia existencia que antes éramos; nuestro ser se confunde en el océano de las vidas, nuestra alma en el *Alma Mater* inmortal! Moléculas, sentimos, y con júbilo, empuje de torbellino que nos alza; quédase abajo toda nuestra escoria, y asciende, purificado, leve y blanco, lo que no muere, lo que nunca morirá! Creemos, al subir, en esa comunión, y el contacto de ajenos entusiasmos estimula y aviva el propio nuestro. La chispa se une á la chispa, y es la llama; la llama se prende á la llama, y es la antorcha; la antorcha abraza el haz de antorchas, y es la hoguera. Antes brillaban lejos unos de otros, como astros aventados al cielo en granos de oro, los ideales de ánimos distantes; pero llegan, y corren y se

buscan y se compenetran y se funden, como las claridades de la noche cuando forman la totalidad suprema de la luz. Por eso eres unión, paz, y armonía.

Surges, bandera de la patria, y ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse á tí con toda el alma; la plenitud del ser encuentra oscura y estrechísima la corpórea prisión, y nos hincha las venas y se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo unificas y enardecas los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, y cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera?

¿Por qué sentimos la increíble tristeza de ser jóvenes al ver á nuestros viejos veteranos? Ni una gota de nuestra sangre hay en tu púrpura! Uno de tus colores no nos pertenece.

¡Ay, y sacrílego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡Y para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia y que te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos, oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oíste el grito de combate. De nosotros, el verso. Otros fueron contigo á la pelea, al abismo, á la muerte; te sostuvieron herida; los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra mexicana sepulta azañas y proezas.

Los árboles te dieron sus ramas y los hombres sus brazos y sus vidas. Caían estos cual las mieses que agavilla el sembrador. Y tú, para no perderlos, para vivir siempre unida á ellos, te empapaste en su sangre recogiendo la esencia de esos héroes. Son nuestros padres; son tus predilectos.

* * *

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa y el mar va poco á poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más; que aun tiene la remota esperanza de que á ella volvamos. Luego . . . luego desalentada y triste cae, abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de la hija que se casa, de la hija que pierde? Adivina que vamos á olvidarla mucho rato; que el amor encendido por ella en nuestro espíritu, brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla. . . . A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor, nos la recuerdan. Escuchamos los sonos entusiásticos de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírle, les corre aprisa la san-

gre, cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. Y al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormecen las víboras del alma. Estamos muy contentos. . . . sí. . . . es verdad. . . . pero contentos por manera extraña. . . . como estando contentos para fuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, y, al volver una esquina, oímos algo que nos pára la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es? . . . Un organillo: toca mal, pero muy mal, un «sonecito» de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos, cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

Y el sonecito aquel se nos va entrando, como si entrara por su casa, echa de adentro á todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, y pájaros canores en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, y dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra y del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos. . . . Y entonces vuelve el ser á dilatarse, vuelve á latir el corazón con fuerza, vemos pasar ¡oh patria! tu bandera, y el llanto nos desahoga y nos consuela.

* * *

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo á los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondula y parece que les llama. Entre cien, mil y más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas á otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese lazo suelto de la eterna bandera?

Enlazáos, amantes pabellones que flotais en nuestra atmósfera. El aire y las miradas por igual conspiran á juntaros. Bebed luz; ¡mi cielo es rico!

Tú estas ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, y donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brílla! ¡Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

LAS BOTITAS DE AÑO NUEVO.

Lámpara que me has acompañado durante largos años en las noches de tedio, y en las noches de trabajo; lámpara anciana de cofia blanca y gafas verdes; enfermera callada y diligente; tú, la que no haces ni el menor ruido; veladora; oye el tic-tac monótono, incesante, de aquel cucú colgado en la pared; pronto va á abrirse la puercecilla de nogal, para dar paso al abierto pico, á los ojos rojizos y á la cresta del gallo que á medio día y á media noche da el alerta á las horas vigilantes. Lámpara, no consientas que te apaguen las vírgenes locas, porque HELE AHI QUE ESTA A LA PUERTA Y LLAMA.

Es el mismo; pero se llama de otro modo. Los años se parecen á los enfermos de los hospitales y á los presidiarios, en que sólo el número que llevan los singulariza. No tienen nombre, y ¡desdichado el que lo tiene! A ese, de seguro, la desgracia se lo dió. Porque habreis oído decir el «año de la peste,» el «año de la guerra,» el «año del hambre;» pero nunca el año de la dicha, el año del amor, el año de la gloria! Sólo el dolor suele llamar á los años: ¡hijos míos!

¡Cuántas noches de San Silvestre ¡oh buena lámpara! hemos pasado en esta muda espera! Ni tú ni yo creemos en los años nuevos: el tiempo no interrumpe su marcha ni un segundo. . . . continúa indivisible, como infinita línea recta que no sabemos de dónde arranca ni si termina en algún punto; pero, á pesar de ello, supersticioso sentimiento se apodera de nosotros en la última noche de Diciembre, como si ésta fuese en realidad la última noche de una vida. Ay! Lo sólo cierto es, que en cada una de esas noches nos encontramos más y más cercanos á la última noche sin orillas!

A tí, lámpara, nunca te he visto palidecer sino cuando clarea el día; tu luz, como el cariño de los buenos padres, siempre es la misma: te enturbió mi aliento; te dejó expirante mi descuido, como á los